



EDMUNDO O'GORMAN

# LA INVENCIÓN DE AMÉRICA

*Investigación acerca de la estructura histórica  
del nuevo mundo y del sentido de su devenir*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO

PRIMERA PARTE

HISTORIA Y CRÍTICA DE LA IDEA DEL  
DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Hasta que, por fin, vino alguien a descubrirme!

Entrada del 12 de octubre de 1492 en un  
imaginario *Diario íntimo de América*.

I

No será difícil convenir en que el problema fundamental de la historia americana estriba en explicar satisfactoriamente la aparición de América en el seno de la Cultura Occidental, porque esa cuestión involucra, ni más ni menos, la manera en que se conciba el ser de América y el sentido que ha de concederse a su historia. Ahora bien, todos sabemos que la respuesta tradicional consiste en afirmar que América se hizo patente a resultas de su descubrimiento, idea que ha sido aceptada como algo de suyo evidente y constituye, hoy por hoy, uno de los dogmas de la historiografía universal. Pero ¿puede realmente afirmarse que América fue descubierta sin incurrirse en un absurdo? Tal es la duda con que queremos iniciar estas reflexiones.

Empecemos por justificar nuestro escepticismo, mostrando por qué motivo es lícito suscitar una duda al parecer tan extravagante. La tesis es ésta: que al llegar Colón el 12 de octubre de 1492 a una pequeña isla que él creyó pertenecía a un archipiélago adyacente al Japón fue como descubrió a América. Bien, pero preguntemos si eso fue en verdad lo que él, Colón, hizo o si eso es lo que ahora se dice que hizo. Es obvio que se trata de lo segundo y no de lo primero. Este planteamiento es decisivo, porque revela de inmediato que cuando los historiadores afirman que América fue descubierta por Colón no describen un hecho de suyo evidente, sino que nos ofrecen la manera en que, según ellos, debe entenderse un hecho evidentemente muy distinto: es claro, en efecto, que no es lo mismo llegar a una isla que se cree cercana al Japón que revelar la existencia de un continente de

la cual, por otra parte, nadie podía tener entonces ni la menor sospecha. En suma, se ve que no se trata de lo que se sabe documentalmente que aconteció, sino de *una idea* acerca de lo que se sabe que aconteció. Dicho de otro modo, que cuando se nos asegura que Colón descubrió a América no se trata de un hecho, sino meramente de la interpretación de un hecho. Pero si esto es así, será necesario admitir que nada impide, salvo la pereza o la rutina, que se ponga en duda la validez de esa manera peculiar de entender lo que hizo Colón en aquella memorable fecha, puesto que, en definitiva, no es sino una manera, entre otras posibles, de entenderlo. Es, pues, lícito suscitar la duda que, en efecto, hemos suscitado.

Pero suscitada la duda, es muy importante comprender bien su alcance, porque hay riesgo de incurrir en un equívoco que conduciría a una confusión lamentable. Entiéndase bien y de una vez por todas: el problema que planteamos no consiste en poner en duda si fue o no fue Colón quien descubrió América, ya que esa duda supone la admisión de la idea de que América fue descubierta. No, nuestro problema es lógicamente anterior y más radical y profundo: consiste en poner en duda si los hechos que hasta ahora se han entendido como el descubrimiento de América deben o no deben seguir entendiéndose así. Por consiguiente, lo que vamos a examinar no es cómo, cuándo y quién descubrió a América, sino si la idea misma de que América fue descubierta es una manera adecuada de entender los acontecimientos, es decir, si con esa idea se logra o no explicar, sin objeción lógica, la totalidad del fenómeno histórico de que se trata. Nada, pues, tiene de extravagante nuestra actitud. Es la de un hombre de ciencia que, frente a una hipótesis la sujeta a revisión, ya para conformarse con ella si no encuentra una explicación mejor, ya para rechazarla y sustituirla por otra en caso contrario. Tal ha sido siempre la marcha en el progreso del conocimiento.

Nos persuadimos de que las consideraciones anteriores son suficientes para que, por lo menos, se nos conceda el beneficio de la duda. Quien no lo estime así, debe suspender esta

lectura para seguir encastillado en sus opiniones tradicionales. Quien, por el contrario, comprenda que estamos frente a un verdadero problema ha dado ya el paso decisivo: ha despertado, como decía Kant, de su sueño dogmático.

Una vez puesta en duda la validez de la idea que explica la aparición de América como el resultado de su descubrimiento, debemos pensar de qué modo puede ponerse a prueba. En principio esto no ofrece mayor dificultad. En efecto, como toda interpretación responde a una exigencia previa, que es de donde depende su verdad, el problema se reduce a examinar si dicha exigencia conduce o no a un absurdo, porque es claro que de ser así se debe rechazar la interpretación para sustituirla por otra más satisfactoria. Pero ¿cómo, entonces, comprobar si eso acontece en nuestro caso? He aquí la cuestión.

Pues bien, como la idea de que Colón descubrió a América cuando aportó a una isla que creyó cercana al Japón no describe el suceso histórico según aparece en los testimonios, es obvio que la exigencia que generó aquella interpretación no procede del fundamento empírico del hecho interpretado, es decir, es obvio que no se trata de una interpretación apoyada de los hechos (*a posteriori*), sino de una interpretación fundada en una idea previa acerca de los hechos (*a priori*). Pero si eso es así, ¿qué es lo que debemos examinar para averiguar en qué consiste esa idea previa para poder comprobar si conduce o no a un absurdo? La respuesta no ofrece duda: puesto que en nada aprovecha examinar el hecho interpretado, porque de él no depende la idea, es claro que debemos examinar el hecho mismo de la interpretación que es un hecho tan histórico como el otro. En una palabra, que para saber a qué se debe la idea de que Colón descubrió a América a pesar de que se sabe que él ejecutó un acto muy distinto, es necesario averiguar cuándo, cómo y por qué se pensó eso por primera vez y por qué se sigue aceptando. Es decir, será necesario reconstruir la historia, no del descubrimiento de América, sino de la idea de que América fue descubierta, que no es lo mismo. Y eso es lo que vamos a hacer.<sup>1</sup>

Puesto que nuestra tarea consiste en contar la historia de la idea del descubrimiento de América, lo primero que debe preocuparnos es averiguar el origen de esa idea. Sabemos que Colón no es responsable de ella. ¿Cuándo, entonces, se concibió por primera vez el viaje de 1492 como una empresa de descubrimiento?

Una pesquisa documental realizada en otra obra,<sup>2</sup> nos enseñó que la idea se gestó en un rumor popular que los eruditos llaman la "leyenda del piloto anónimo". Vamos a recordarlo brevemente de acuerdo con las noticias del padre Bartolomé de las Casas, el testigo más directo que tenemos acerca de ese particular. Dice que los primitivos colonos de la Isla Española (Haití empezó a poblarse por los españoles en 1494), entre quienes había algunos que acompañaron a Colón en su primer viaje, estaban persuadidos de que el motivo que determinó al almirante para hacer la travesía, fue el deseo de mostrar la existencia de unas tierras desconocidas de las que tenía noticia por el aviso que le dio un piloto cuya nave había sido arrojada a sus playas por una tempestad.<sup>3</sup>

Considerando la temprana fecha y el contenido del relato, es forzoso concluir que en él se concibe por primera vez el viaje de 1492 como una empresa de descubrimiento, puesto que en lugar de admitir el verdadero propósito que animó a Colón —que era llegar al extremo oriental de Asia—, se dice que su finalidad fue revelar unas tierras desconocidas.

Esta manera de comprender la "leyenda" ha sido objetada por dos motivos. Se alega que es indebido concederle el sentido de una interpretación del viaje colombino, primero, porque el hecho que se relata es falso y segundo, porque la "leyenda" no tuvo ese objeto, sino que fue forjada como una arma polémica para emplearse en contra de los intereses y prestigio de Colón.<sup>4</sup> Ahora bien, admitiendo la verdad de esas dos circunstancias, no es difícil ver que ninguna constituye una objeción a nuestra tesis. En efecto, respecto a la primera es obvio que la falsedad objetiva del relato no impide que contenga una interpretación del suceso a que se refiere.

Si hiciéramos caso de ese argumento la mayoría de los historiadores modernos tendrían que afirmar que, por ejemplo, *La Ciudad de Dios* de San Agustín no contiene una interpretación de la historia universal, porque es falso que exista una providencia divina que norma y rige los destinos humanos. El segundo cargo es igualmente inficaz, porque es claro que de ser cierto que la "leyenda" tuvo por propósito fabricar un arma polémica contra los intereses y prestigio de Colón, sólo concediéndole el significado de una interpretación del viaje podía servir para ese efecto. Es como si, para tomar el mismo ejemplo, se alegara que no es debido aceptar *La Ciudad de Dios* como una interpretación de la historia universal, porque el objeto que persiguió San Agustín al escribirla fue, como en efecto fue, ofrecerle al Cristianismo un arma polémica contra los paganos. Dejemos a un lado, pues, esas supuestas objeciones, y pasemos a considerar la verdadera dificultad que presenta el hecho mismo de la existencia de la "leyenda" y del amplio crédito que, como es sabido, se le concedió de inmediato.<sup>5</sup>

En efecto, no es fácil comprender a primera vista cómo pudo surgir la "leyenda" y por qué fue aceptada por encima y a pesar de que la creencia de Colón de haber llegado a Asia se divulgó como cosa pública y notoria al regreso de su primer viaje. La solución a este pequeño enigma ha preocupado a muchos escritores modernos, sin que, a decir verdad, lo hayan resuelto satisfactoriamente, porque o se limitan a mostrar su indignación contra el anónimo "envidioso" que inventó tan fea calumnia,<sup>6</sup> o bien niegan el problema en lugar de resolverlo, alegando, contra toda evidencia, que la creencia de Colón era un secreto del que no estaban enterados los historiadores.<sup>7</sup> A mí me parece que la solución se encuentra en el general escepticismo con que fue recibida la creencia de Colón,<sup>8</sup> porque así se entiende que, fuera de los círculos oficiales bien enterados, se dudara de la sinceridad de ese "italiano burlador" como le decían algunos,<sup>9</sup> y que, por lo tanto, se buscara una explicación a su viaje apoyada en alguna circunstancia más o menos plausible. Se pueden imaginar muchos posibles pretextos, e incluso algunos eruditos

han creído poder señalar el que consideran el "núcleo histórico" de la "leyenda";<sup>10</sup> y hasta podría pensarse que alguna frase del propio Colón haya dado piel al cuento o por lo menos que lo haya sugerido.<sup>11</sup>

Estas especulaciones tienen, sin embargo, un interés muy secundario para nuestros propósitos, porque lo decisivo es que al surgir la "leyenda" como explicación histórica del viaje se inició el proceso del desconocimiento de la finalidad que realmente lo animó, y esta circunstancia, que llamaremos "la ocultación del objetivo asiático de la empresa", es, ni más ni menos, la condición de posibilidad de la idea misma de que Colón descubrió a América, según hemos de comprobar más adelante.

Pero si es cierto que en la "leyenda" está el germen de esa interpretación no debemos sobrestimar su alcance. De momento es obvio que no se trata aún del descubrimiento de América, pues la "leyenda" sólo se refiere a unas tierras indeterminadas en su ser específico, y no es menos obvio que, de acuerdo con ella, el verdadero descubridor sería el piloto anónimo por haber sido el primero que realizó el hallazgo. De estas conclusiones se infiere, entonces, que el próximo paso consistirá en ver de qué manera el viaje de 1492, ya interpretado como una empresa descubridora de tierras ignoradas, será referido específicamente a América y cómo pudo atribuirse el descubrimiento a Colón en lugar de atribuírselo a su rival, el piloto anónimo.

### III

El texto más antiguo donde aparece Colón como el descubridor de América es el *Sumario de la natural historia de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, libro publicado unos treinta años después de la época en que debió surgir la "leyenda del piloto anónimo".<sup>12</sup> Este pequeño libro no es sino una especie de breve anticipo de la *Historia general* que ya escribía por entonces el autor, y en él se limita a consignar